

Delfina Collado

y su mundo de Tipirito

Sabíamos de ella en el país de la primavera eterna, como esposa del hoy extinto periodista guatemalteco Augusto Mullet Descamps. Pero no fue sino noche de 1976 que María Figuls de Argüello nos presentó a esta dama muy singular. Porque Delfina Collado junta a su gentileza de casta una vocación literaria que brinda a la narrativa centroamericana un aporte inconfundible.

Habíamos ya catado en páginas de "Excelsior", tal como se dice del buen vino, algunos cuentos suyos a manera de estampas, escritos a fogonazos por una imaginación poderosa tendiente a sumergirse en los hontanares donde juegan los duendes del realismo-mágico. Y, por otra parte, llamaba nuestra atención su peculiar destreza para lograr la concreción del cuento, digamos el micro-cuento, con tanta plasticidad y con una libertad temática que rompe con tabús ambientales, así como solía hacerlo la extraordinaria y recordada Yolanda Oreamuno.

Mas no paró ahí la expectativa en torno de esta cuentista costarricense que habrá de promover, sin lugar a dudas, la admiración de la crítica en función de su obra de mayor dimensión y hondura. Porque Delfina Collado mantiene inéditos una larga serie de relatos que se engarzan, unos a otros, formando la unidad de una novela. Y todo acontece alrededor del pueblecito de Tipirito, especie de Panajachel con su volcán y lago, y sobre el cual el Trópico ha volcado todo el hechizo de su paisaje y de su paisanaje entre sueño y realidad.

Entrar al mundo mágico y capitoso de Tipirito es vivir la siesta y el drama tópicos reflejados sobre espejos de nítida realidad soñada, con ese doble fondo de la naturaleza y de los personajes descritos con natural maestría en su más trascendental significación. Es ahí en Tipirito donde los éxtasis y conmociones de la zona tórrida, y el genio y figura de nuestras gentes, se integran en forma inusitada, hasta producir en

el lector una catarsis irreversible como las pinturas realizadas por Gauguin en su época de Tahiti.

Cuando leímos, en primera colada, los cuentos de Tipirito, -pues su autora anuncia una versión revisada de imperfecciones y aumentada en su caudal-, nos hizo volver los ojos al fantástico Macondo de "Cien Años de Soledad". Pero los enfoques y estilo descriptivo de estos cuentos maravillosos, concatenados con sentido y unicidad de novela, son decididamente diferentes al barroco prosar de García Márquez, de manera que Delfina Collado supera la oleada de noveletas que imitan la performance del colombiano universal.

No resistimos a la tentación de insertar, casi al azar, unos cuantos paletazos del Tipirito costarricense de Delfina Collado, síntesis del paisaje, la vida y las costumbres en su país de sol y lluvia. Dice, por ejemplo, en su primer cuento, intitulado "La Casona":

"Eran necesarias varias horas de viaje en automóvil para llegar a Tipirito. Tipirito, un pueblo perdido en las montañas, con su lago y el volcán Chipi-Chipi.

Tipirito: un pueblo que huele a pan; pan caliente y crujiente.

Frente a la iglesia, ocupando una manzana de terreno, estaba la casona de la familia Guerra y Paz y Paz. Su esquina era un poco de todo: tienda y farmacia; pulpería y fonda; el resto lo habitaba la familia".

En "El Adiós", cuando narra que "esa tarde a las tres era el Via Crucis" en Tipirito, se da este delicioso lance:

"Desde la una de la tarde la abuela comenzó a sacar su traje negro, la mantilla de encaje y el rosario, junto con la moneda para la limosna. El reloj cu-cú del comedor dio las dos. Echó otra mirada a las empleadas en la cocina, pensando: - esas haraganas que nunca hacen nada. Controló de nuevo la hora: las dos y media; en una bandeja preparó la copa de licor de don Anacleto.

Las tres de la tarde.

¿Qué pasaba que el reloj de la iglesia no daba la hora?

Salió a la puerta de la casona y poniéndose la mano en la frente para evitar el reflejo, miró: Cinco para las tres.

Acercándose a la pulpería, llamó a la Filomena diciéndole: -Vaya a la iglesia y pregúntele al cura que por qué no comienza la ceremonia. El pueblo todo lo está esperando.

El sacerdote, que en el confesionario terminaba con los últimos pecadores, al recibir el mensaje de la abuela, llamó al campanero, inquiriéndole la causa del por qué se había parado.

El encargado salió de la sacristía y subiendo la retorcida escalera que lo llevó a la torre, se acercó al reloj. Sus manecillas se hallaban fuertemente amarradas con hilos, bejucos y zacate.

¿Quién había sido?

La maldad había sido hecha por una pareja de gorriones, que habían escogido el ángulo formado por la manecillas para hacer su nido".

O cuando se describe la "Muerte de María Toribia":

"Y María Toribia vivió cual una orquídea: sólo para ella, con sus flores y frente al espejo.

Esa mañana no llegó al desayuno. Nos asomamos a su dormitorio. Una alfombra rosa de papelititos de tocador cubría el piso de ella, extendida en su cama. Presintiendo su muerte, se había envuelto en pañuelitos.

Y su alma inmaculada con todo y cuerpo subió a los cielos, cayendo una lluvia de pañuelitos rosa..."

Y aquí otra muestra final:

"Era de verse el dormitorio de los abuelos.

En el centro del cuarto, su gran cama matrimonial dorada, de tubos de latón y bolas. Sábanas de lino blanco bordadas a mano con las iniciales de Mamanico. Las almohadas grandes, inmensas, lo mismo que el colchón, y que eran además suaves como nubes de algodón o de la pechuga de los patos. Plumas que religiosamente eran sacadas cada cierto tiempo de sus encierros de tela y puestas en canastos al sol, que caían al patio para orearlas; mientras una empleada de la casa les daba golpes con una raqueta para que se esponjaran, y sueltas y flotantes, rellenar después el colchón y las almohadas.

La cubrecama era una obra de arte tejida por María Guaba: una complicada labor de crochet, que terminaba en un trenzado de flecos que llegaban hasta el suelo. La cama, mudo testigo de la vida íntima de Mamanico y don Anacleto".

Todas esas transcripciones trasuntan el clima de la acción de los cuentos de Delfina Collado sobre la vida efímera de Tipirito, que termina destruido por un terremoto.

En forma definitiva, esta escritora costarricense supera la literatura costumbrista que todavía abarrotó el desenvolvimiento de la narrativa centroamericana con una obra original que está próxima a editarse. Su mundo de Tipirito se verá coronado por un éxito clamoroso.